

Es también irrefutable y digna de ser subrayada la defensa de la predicación extralitérgica con palabras de Pío XII (página 102). Y muy bien traída la autoridad de Paulo VI para explicar las causas, que muchos no quieren reconocer, del pavoroso problema de la caída de las vocaciones "en un momento en que la prensa, los discursos y la literatura de ciertos sectores católicos respira gran euforia y entusiasmo" (pág. 170).

Digamos, para terminar, que la lectura de la obra satisface plenamente a lo prometido en el título y que será difícil escribir sobre el tema con más concisión, brevedad y precisión.

Nuestra bienvenida a un libro tan oportuno y nuestras congratulaciones al autor.

RAFAEL GAMBRA CIUDAD: "EL SILENCIO DE DIOS"

POR

GIL MORENO DE MORA.

"El silencio de Dios", de Rafael Gamba, es un libro filosófico, pero la personalidad de su autor, a la vez apasionada y poética, confiere al texto una palpación especial, que al razonamiento frío y analítico añade el testimonio de heridas abiertas, porque la filosofía aquí toca a la realidad de nuestro día de hoy sentido con toda la fuerza de quien se compromete.

No es un ensayo, no es un divertimento, ni algo para ser admirado en función de una agilidad o de un ingenio atrevido. Es una demostración. Un relato lógico del drama humano con aterrador realismo, que rehusa toda venda y todo paliativo.

Al clasicismo de la filosofía griega y a los elementos sólidos no cambiables que contiene, nos es ya conocido en el justo amor y conocimiento que les profesa Gamba desde hace años. En este libro, el autor añade reflexiones de impactos más modernos; por una parte, los conceptos de "compromiso" y "domesticación" sugeridos por Saint Exupery como elementos positivos, y, por otra, la "Rinoceritis" de Ionesco y la Metamorfosis insectiforme de Kafka, como imágenes de una situación social negativa.

Se establece una paradoja que viene a cuajar con la definición de "Insensato" de San Anselmo, contrapuesto al "Sabio" de Sócrates y Platón. El triste papel de aquél dentro de la ciudad corre a lo largo del libro explicando con más detalle ese "estado de delincuencia intelectual y emocional" que desde las primeras

páginas constata Gamba, es característico del hoy incierto que vivimos, por lo cual desde el principio nos sumergimos en la más candente actualidad.

Quizás alguna terminología moderna e intelectual pueda parecer inútil o dificultosa tanto a quien no esté habituado como a quien se libre de las modas lingüísticas, pero Gamba, maravilloso didacta oral en sus conferencias, escribe como habla, y con ese mismo afán didáctico, aunque el impacto de la frase, con su entonación, se debilite en la letra impresa. Queda sin embargo lejos de la algarabía profesional con la que la mayoría de los intelectuales modernos ocultan la escasez de lo que tienen que decir. Gamba se deja mucho en el tintero, los términos especiales los emplea con ganas de explicar más o mejor su pensamiento.

Nosotros, que ya hemos oído, en boca de un locutor del tele-diario oficial en el comentario del último Desfile de la Victoria, que "... la España ilusionada y faldicorta marcha hacia ...", no nos podemos extrañar de que Gamba denuncie la deslealtad e incoherencia cometidas sin conciencia ni de deslealtad ni de incoherencia, con la "Mente de Cambio" al "Viento de la Historia" bajo los cuales el pensamiento humano adopta modas tan necias como la que viste falda corta a la matrona Ibérica entre sus leones.

Los primeros capítulos con hallazgos tan felices como su concepto del "turismo" nos introducen en el tema a través de Saint-Exupery y de un razonamiento siempre acompañado por el corazón. Ya en el tercer capítulo, Gamba nos da aquel esquema que le es tan querido, el de la Sociedad según Platón, definida con sus tres estamentos poseedores de funciones y virtudes propias y concretas. Yo hubiera deseado más páginas para que Gamba nos diera su fácil demostración de cómo este concepto no es fruto de la inventiva griega, sino el descubrimiento de una Ley Natural de la Sociedad. También hubiese deseado un distinguo —como tan bien sabe hacerlos el autor— entre la palabra "Estamento" y la de "Clase", por estar hoy esta última tan ligada en el vulgo al concepto de lucha de clases, en una visión de planos horizontales sucesivos que de hecho existen en todo estamento.

El cuarto capítulo se abre en un clarinazo realista que alegra el alma en estos días sumidos en las nieblas de tanto delirio utópico-teórico-abstracto. Lo concreto da lugar a afirmar la creación original nacida en el fervor —y aquí cobra cuerpo la teoría

de la "domesticación"— y surge el contraste con la "rinoce-
ritis" ciega, por el "derecho a la continuidad y a la autonomía
ambiental" en la Ciudad creada por ese fervor, que libra del
hastio, une a los hombres y confiere: 1.º Sentido a las cosas
(con ese nudo invisible que hace de las cosas dominio, patria o
rostro familiar). 2.º Maduración del vivir dentro del tiempo hacia
la Eternidad. Estos dos últimos conceptos titulan los capítulos
siguientes.

El sentido de la Vida, sentido de las cosas, sentido de habitar,
reafirmación de lo concreto, las cosas tienen dos dimensiones, la
de mansión en el espacio, la de rito en el tiempo. Espacio y tiempo
que son características de la vida terrenal comparada con la
Eterna. El hombre en la tierra tiene por ello que efectuar pri-
mero una aceptación de este orden y consolidarlo con la conti-
nuidad. La primera aceptación trasciende lo temporal recono-
ciendo el Fin definido por Dios. La primera aceptación es, pues,
enlazamiento, religación, religión.

Así, las cosas adquieren en lo temporal valor de símbolo de
aquel lazo intemporal de la primera aceptación, y puestos en
orden en función de esta aceptación, se vuelven, en el espacio,
mansión humana concreta y diferencial. Lo propio de la mansión
es lo doméstico; la domesticación es el acto por el que el hombre
integra las cosas a su Mansión a la vez que él se integra a las
cosas. En el tiempo, la aceptación y las cosas domesticadas obli-
gan a una repetición de gestos y actos, reiterando aquella acep-
tación cada día y se constituyen las costumbres, la tradición:
es el rito, que ordena el tiempo y diferencia cada hora y cada
día en la Mansión.

El sexto capítulo, dedicado a la "Maduración del Vivir", des-
cribe el juego de la tesis hacia la cual tiende la voluntad del que
se comprometió en búsqueda de valores absolutos que están en lo
temporal, partiendo de la hipótesis (debajo de la tesis) que es
la vida terrena temporal y caduca. La muerte aparece. Existir
es ir siendo a la vez que estar muriendo. La síntesis por la
cual lo temporal se acerca progresivamente a lo Absoluto atem-
poral queda entre líneas cuando Gamba nos habla de la diaria
muerte del hombre, al tratar del paso del tiempo que es la ex-
periencia universal sensible. A través de Epicuro y de los an-
tiguos se explica el esfuerzo humano por tratar de ocultar u
olvidar este hecho, hasta llegar a las modernas huidas sumidas en
el delirio de la acción, resultado ciego de una concepción universal
solamente basada en aquella experiencia del tiempo tal como lo

hace el Marxismo. El fracaso cuaja en el amargo fruto de la extrañeza que siente el hombre ante pretéritos evocados cuando no hubo vida fiel a sí misma.

Sólo la obra bien hecha, en la domesticación, con la entrega previa del hombre que le da ulterior posesión, resultan ser remedio de la angustia, madurando la vida en línea de fidelidad consigo misma y trascendiéndola a la Eternidad. Las citas de Saint Exupery, que cierran el capítulo, se alzan contra el frío universo racionalista de lo abstracto que quiso ocultar estas verdades.

“El Juglar de las Ideas”, que es el título y tema del siguiente capítulo, es también un hallazgo espléndido de Gamba. Ahí aparece el “Insensato” en su plenitud, visceral y racionalista, anti-todo, materialista y absurdo en sí mismo con su ¿por qué no?, por el cual ahonda el placer de columpiarse en las dudas para justificar conveniencias. El insensato aborrece toda evidencia y todo realismo, salvo lo que le permite tender a lo fácil. Habiendo justificado toda deslealtad, el insensato, juglar de las ideas, ataca cielos y tierra, atribuye las costumbres por modas novedosas y efímeras, niega sin rubor lo afirmado ayer, y finalmente repudia y odia la Ciudad por ser un orden, no sólo la clásica, la de Platón, sino toda Ciudad, todo orden, toda domesticación, por ende todo dogma y todo Absoluto. Lo informe, masa amorfa, es su desiderátum, y la Mansión se convierte en establo porque el hombre se vuelve ganado. La masa, cuya profesión es el odio a lo humano, se niega a sí misma toda discusión con la bestia, y acaba adorándola.

“La Razón Insensata”, reina de ese caos, es título del capítulo VII, en el que se describe el proceso de la esclerosis cerebral propia de la vejez y su contraste con la percepción del niño y su recuerdo. Este fenómeno por el cual el adulto trata de evitar el sufrimiento producido por lo real, mediante la negación a ver, esta enajenación mental voluntaria, consistente en perder o abandonar el sentido de la realidad, sucede también en las colectividades históricas. Gamba da entonces una alucinante descripción de cómo esta esclerosis —causa de la pérdida de la salud mental en el hombre, ni ángel ni bestia, sujeto a experiencias sensibles de las cosas e intelectuales de las ideas— produce en nuestra historia la progresiva pérdida del realismo, abstractiza todo y acaba en el moderno monstruo del Ideologismo, cumbre máxima de la insensatez que, en su abstractismo esquemático, esconde su anti-esencia. En cierto modo, Gamba aquí coincide con Gilson.

Esta anti-esencia produce anti-conceptos absolutos (las clases, la reacción, el paternalismo, etc.), que barajados con abstractos esquematismos (la Evolución, la Democracia, el Progreso, etc.), sirven para formular las tristes escaseces llamadas *slogans* con los que se encubre la falta de ideales.

El consenso hacia este delirio de Insensatez efectúa entonces dos operaciones: el desarraigo y la aceleración. Rotura de todo lazo por ser lazo, Movimiento que se intenta anticipar sobrevalorado como fin. La moda frívola y efímera encuentra aquí su altura.

La aceleración fuerza un cambio en el concepto de historia hasta aquí concebida como conjunto de hechos notorios pasados interesantes para preparar un presente en función de un porvenir. La aceleración da a la Historia, con mayúscula, carácter rector; no hecha por hombres, sino hacedora de hombres, diosa de la fatalidad irreversible, cuyo andar es concebido absurdamente como Progreso irremediable. El mito, versión imaginativa y concreta de una idea, es un sistema explicativo que si la idea es de la realidad explica la realidad. Pero cuando la Idea abstracta es irreal, entonces sucede como con el Mito de la Historia, nacido del mito del Progreso: mitifica la Razón. Gamba vuelve a encontrar en el pensamiento griego bases sólidas y estudia la libertad frente a la fatalidad. Los dos tiempos explicados por De Corte, el tiempo personal íntimo y local, y el tiempo exterior y absoluto que pertenece a Dios, son usados para vez que el intento en el cual el hombre trata de sustituir a Dios por la Razón humana lleva a desintererarse por la suerte concreta de cada hombre y de las pequeñas comunidades históricas y, por ello, al intentar tan sólo el plano universal, a cuyo ritmo quiere adaptarse y aun anticiparse, el hombre se obsesiona por "ser avanzado", por no ser "reaccionario". Así se produce la aceleración de la historia, situación ideal del Insensato, en la que naufraga el derecho a la continuidad y al arraigo, que son también el derecho a la personalidad, a lo particular, a lo propio. Y el Insensato extiende su absurda antinomia conformismo-rebelión. Conformismo de masificación, rebelión contra todo orden. Y en este delirio mental se deja de reconocer que el conformismo tradicional que era fidelidad a lo propio justificaba la única rebelión sana, lo que tiene objetivos concretos y justos valorados en la Verdad absoluta.

Desde el capítulo anterior, Gamba nos da la parte más candente de su libro. El título "Juglarización de la Fe" trata del momento en el que el Insensato llega a la cumbre de su demen-

cia. Occidente, fruto del cristianismo, da campo para que el insensato dirija su "¿por qué no?" allí donde la Fe religiosa es más total, o sea en el Catolicismo. La Iglesia, depositaria de la Verdad teológica absoluta y funcionalmente misionera del Fin y de la norma moral necesaria, no puede admitir ni obedecer al mito de la historia. La aceleración, sin embargo, parece separar a la Iglesia del mundo moderno. Entonces el cristiano empieza a sentirse incómodo y cansado de resistir solo ante el sofisma; en cuanto admite la tentación racionalista cae en el deslumbramiento ante la eficiencia de la acción, que, en la tendencia a lo fácil, el Insensato mundial se encarga de hacer relumbrar. La problemática político-económico-social, una vez sobrepasada, le sume en la sociedad de masas. Entonces el cristiano se vuelve juglar; perdida la escala de valores, sólo ve en la Iglesia atraso, reacción, y aparece, con estas características, el Progresismo católico al servicio del Mundo, juglarización de la Fe, gnosís del hombre-centro que inexorablemente relega la Iglesia al abandono de su puesto rector y sancionador de la convicción de su depósito de la Verdad y de la Norma moral, hasta reducir la vida religiosa al interior de las conciencias y renunciar a que la fe informe la vida de los pueblos.

La descripción que da aquí Gamba, con estremecedora clarividencia y aplastante lógica, explica, describe, la descomposición obra del Insensato juglar con palabras que no se pueden resumir. Y cuando la sensatez contamina a esa persona que debe ser el Sabio y en la cumbre al Sacerdote, cuando éste, faltando a la prudencia (virtud característica del sabio) y a la lealtad de su misión, se lanza a los malabarismos frívolos del juglar insensato, entonces desaparece la esperanza en la Ciudad. El sacerdote-juglar del progresismo es el único que posee la sola herramienta demoledora que pueda conocer la Iglesia, la que trabaja desde dentro. El hombre entonces, de su derecho a comprometerse y a domesticar, queda relegado a una nebulosa impersonal, deística, primero, metafísica, luego, y nihilista o anuladora de la Divinidad, al fin. Es la anti-esencia de la Iglesia.

No podemos describir el detalle del espectáculo real que se nos muestra cuando Gamba rasga fríamente la capa de los *slogans* con la que el Progresismo católico encubre su anti-verdad. Al fin en el centro del abismo se yergue el ídolo Hombre que se hace Dios, sin ni siquiera un rastro o fidelidad, ni una posibilidad de amor: sólo incoherencia, corrupción y arenas movedizas. En este punto cobra sentido el Silencio de Jesús cuando rehusa

responder al Insensato. Es el Silencio de Dios frente a la apostasía de los tiempos...

En el décimo y último capítulo, Gambra plantea la terrible pregunta, ¿qué cabe hacer?

Constatando que éstos son los tiempos de "La apostasía general para el establecimiento de una nueva religión universal, sin dogma ni jerarquía, sin regla para el espíritu", que anunció San Pío X (tiempos de sinarquía). Gambra no puede ser inconscientemente optimista como lo son los minimizadores profesionales que hoy tanto ayudan al Insensato. Pero tampoco puede ser desesperadamente pesimista porque su vívido catolicismo le recuerda la Promesa ante las Puertas del Infierno. El autor nos proporciona una meditación que, a través de la muerte de Sócrates y la de Jesús (*mutatis mutandi*), nos lleva lejos de aquellas interpretaciones románticas de la primera, y revolucionarias, como la de Pasolini, para la segunda, y nos muestra la fidelidad que encierran. Gambra se alza contra la afirmación de Taine: "Ningún hombre consciente puede ya esperar". Pero tampoco cree en una inmediata e idílica reconciliación con la Ciudad.

Por esto define el actual papel de los que no quieren ser insensatos, como el de heraldos y forjadores de una futura reconciliación, implicando con la anterior meditación la necesidad de actitud testimonial viva y capaz de llegar serenamente hasta la muerte.

Si el silencio de la Jerarquía preocupa gravemente entre líneas a Gambra, sin juzgar explícitamente, lo remite a la permisión de la Providencia con la que Dios impone su silencio.

Sabe que entre los clamores estridentes del insensato está el sabio, cuya prudencia le hace medir la voz.

A nadie extraña que el coro de los insensatos se rasgue las vestiduras ante este libro de Gambra, es el de un sabio.

Terminado este resumen que me ha sido encomendado, siento que no refleja ni pálidamente lo que es el libro. Dos palabras solas lo definen mejor: "un libro necesario".